

y como soles algunas,  
cuando á muy pocos momentos  
quiso mi buena fortuna  
que venir viese á Felisa,  
sola, sola.

D. FERNAN.

¿Sola?...

CORBACHO.

Escucha.

Sola: la llamo, se para,  
salgo á su encuentro, se asusta;  
al pronto me desconoce,  
iba á hablarla, cuando juntas  
ví venir otras mujeres,  
y temiendo me descubran,  
torno á esconderme en las tapias...

D. FERNAN.

*(Con viveza.)*

¿Y la carta?... ¡Oh suerte cruda!

CORBACHO.

La tiré á sus piés.

D. FERNAN.

Y dime,

¿la tomó?

CORBACHO.

Señor, ¿lo dudas?

Yo se la ví alzar del suelo.

D. FERNAN.

¿Y sin respuesta ninguna  
te vuelves? Sin que siquiera...

CORBACHO.

Eso es ya pedir cotufas  
en el golfo. Tú no sabes  
cuán espantosa trifulca  
se armó despues. En las tapias  
quedéme, por si oportuna  
ocasion se me ofrecia  
de hacerle cien mil preguntas  
á su vuelta. Mas de pronto  
se alzó nueva baraunda,  
que á salir de mi escondite  
me obligó con prisa, y mucha.  
Las tropas que figuraron  
la retirada, á las turbas  
de moriscos acometen;  
otra vez la villa ocupan,  
y la entregan á las llamas.  
Pónense al momento en fuga  
las infelices mujeres,  
suben al castillo, y buscan  
refugio en él: á él se acoge,  
herido en la escaramuza,  
Albenzar, aun pretendiendo  
prolongar allí la lucha:  
y todo en vano. García  
habia dejado ocultas  
en el inmediato bosque  
dos banderas, que, sin duda  
de acuerdo con los del fuerte,  
pues los traidores abundan,  
lo escalaron sin defensa,  
y todo fué muerte, angustia,  
robo, confusion, rüina,  
desolacion, llanto, furia.

D. FERNAN.

*(Agitado.)*

¡Ay Corbacho!... ¿Y mi María?  
Tú su infortunio me ocultas;  
dime pues... ¿En tal desórden?...  
¿En tal trastorno?...

CORBACHO.

*(Con softama.)* Te apuras,  
señor, muy pronto. Está viva,  
y un gran protector la escuda.

D. FERNAN.

El cielo.

CORBACHO.

*(Con malicia.)* El cielo... bien dices;  
por medio de la bravura  
del buen capitán García,  
que es hijo de la fortuna.

D. FERNAN.

*(Alterado.)* ¡Corbacho!... dí.

CORBACHO.

En el momento

que se armó la baraunda,  
al castillo corrí, donde  
ví aquella escena confusa.  
Muerto á Albenzar encontraron,  
de su hija en brazos, en una  
cámara. El señor García  
fué el que en ella entró, á la turba  
soldadesca defendiendo  
que hiciese allí de las suyas.  
Mandó sacar el cadáver  
á donde con voces mudas  
predicase el escarmiento;  
y él quedó con piedad suma  
á la huérfana infelice  
consolando...

D. FERNAN.

*(Arrebatado de enojo.)*

Calla... ¡oh furia!

Calla, vil... ¿Osa tu lengua?

CORBACHO.

*(Intimidado.)*

Señor... señor... que me asustas;  
yo no oso poner mi lengua  
sobre persona ninguna.  
Os refiero las hablillas  
de la soldadesca chusma,  
que ansiaba robar la estancia  
que de Albenzar era tumba,  
y que el capitán severo  
defendió...

D. FERNAN.

*(Irritado.)* ¡Canalla inmundas,  
que no sabe que es de nobles  
amparar la desventura,  
y defender á las damas  
de la insolente gentuza!

*(Sospechoso.)*

Pero... dime... ¿largo tiempo  
el capitán?...

CORBACHO.

¿Qué preguntas?

D. FERNAN.

*(Agitado.)*

¡Oh!... Si osara... — Mi María  
es cual las estrellas pura.  
Si el vencedor orgulloso...

¡Oh cielos!... La horrible punta  
de un puñal envenenado  
mis entrañas desmenuza.  
— Corbacho, dime...

CORBACHO.

*(Con viveza.)* No pierdas  
en amargas conjeturas  
el tiempo. Toma un partido,  
pues todo de aspecto muda.  
Cuando una morisca sólo,  
rica y de famosa alcurnia,  
era tu dama, podías  
en esperanzas futuras  
perderte, que al cabo era  
cristiana hasta las enjundias.  
Pero ya...

D. FERNAN.

*(Precipitado.)* Corbacho amigo,  
la ley previene, y es justa,  
que la morisca cristiana,  
que con español se una  
en matrimonio, se libre  
de la proscripción.

CORBACHO.

Tarumba  
con tu ceguedad me vuelves.  
Ya tu María no es una  
morisca vulgar. Es hija  
del que aun muerto se titula  
rey de los moros, caudillo  
de esta rebelion; y nunca  
habrá para ella indulgencia.  
Despues olvidas sin duda  
quién es tu padre, y olvidas  
que cual desertor figuras  
en Flandes, y que en España,  
siendo por tu noble cuna  
de Santiago caballero,  
has faltado en esta lucha,  
á que todos tus cofrades  
concurrieron sin excusa.

D. FERNAN.

*(Despechado.)*

¡Oh!... ¡pese á mi infausta estrella!  
¡Oh!... ¡Mal haya mi fortuna!  
Desplómense estos peñascos;  
ábrase á mis piés la tumba.  
Bien claro te mostró el cielo  
el que á esta sima profunda  
tu pasion te despeñaba,  
al despeñarte la furia  
del caballo. Si tú entónces,  
pues que saliste sin una  
costilla rota, te hubieras,  
renunciando á tus locuras,  
vuelto á Flandes, ó á tu casa,  
cantáramos la aleluya.  
Y aun es tiempo...

D. FERNAN.

*(Fuera de sí.)* Calla, cesa,  
no acrecientes mis angustias:

ó la muerte, ó mi María;  
ya tan solamente busca  
mi enamorado despecho  
de aquestas dos cosas una.  
Sí, resuelto estoy, Corbacho,  
responde pronto...

CORBACHO.

Pregunta.

D. FERNAN.

¿Dónde está María?... ¿dónde?  
Hoy seré su esposo, ó nunca.

CORBACHO.

Cuando salí del castillo,  
ya encadenada la chusma  
de moros, la preparaban  
á bajar con gran presura  
y buena escolta, á la villa.  
Y de allí, segun mi industria  
pudo inquirir, esta noche  
dos cuerdas salen; la una  
con la reuidada canalla,  
á las playas donde surtas  
están las embarcaciones;  
y la otra en que van juntas  
las cabezas principales  
con María, por la ruta  
de Valencia...

D. FERNAN.

Dí ¿esta noche?

CORBACHO.

Esta noche, sí, no hay duda.

D. FERNAN.

*(Resuelto.)*

Pronto, sus, tráeme el caballo,  
que suelto el pasto disfruta  
de estos montes, trae mi espada,  
trae mis ropas, que me injurian  
ya estos villanos disfraces.

CORBACHO.

¿Qué intentas pues?... ¿qué procuras?

D. FERNAN.

Con mi valor y mi acero  
burlar la suerte sañuda,  
libertando como noble  
á mi prenda, de la furia  
de sus verdugos.

CORBACHO.

Detente,

no te arrojes sin cordura  
á un imposible, do sólo  
ó muerte ó deshonra buscas.  
La cuerda va custodiada  
con gente aguerrida y mucha;  
tú eres al cabo uno solo.  
El que despechado pugna  
por salvar á la inocencia,  
y más si el amor le ayuda,  
vale por ciento.

CORBACHO.

Tu arrojo

y tu pasion te deslumbran.  
Vas, traidor contra un decreto  
del rey, á empeñar tal lucha.  
Vas á deslustrar tu nombre.  
Vas, en fin...

D. FERNAN.

*(Despechado.)* ¡Suerte sañuda!

Yo quiero ver á María...  
Con ella morir.

CORBACHO. Escucha.  
Supuesto que no desistes  
de esa tu infernal locura,  
da tiempo al tiempo, y prudente  
válete de alguna industria,  
para ponerte siquiera  
de acuerdo...

D. FERNAN. (*Con viveza.*) Bien, piensa una.

CORBACHO. Con el disfraz de soldado  
puedes en la noche oscura  
entre la escolta ingerirte:  
con ella hablar, que es astuta;  
y en la marcha, que no es corta,  
disponer...

D. FERNAN. Sí, sí. Sin duda  
me habla por tu boca un ángel.  
Mas ¿dónde encontrar alguna  
ropa de soldado...?

CORBACHO. Al punto,  
que mi prevision es mucha.  
De un muerto que hallé aquí cerca,  
al volver ahora en tu busca,  
tomé todo el equipaje.  
(*Revolviendo el lío que puso á un lado  
al salir.*)

Y héle aquí.—Manchas lo ensucian  
de sangre, porque su dueño  
tenía una herida profunda;  
pero nada importa.

D. FERNAN. (*Muy reanimado.*) Amigo,  
tú remedias mis angustias.  
Y pues ya la noche llega  
y tierra y cielos enluta  
con sus sombras, no perdamos  
el tiempo, y Dios nos dé ayuda.  
(*Entrase en la gruta, y Corbacho de-  
trás de él, llevándose el envoltorio.*)

### ESCENA III

*Plaza de la villa de Alajúz, arruinada por el incendio. Aun arden á  
lo lejos algunas casas, y otras están humeando. Empieza á anoche-  
cer. Salen ABDALLA, ZEIR y dos ó tres MORISCOS de nota, cargados  
de cadenas, y rodeados de SOLDADOS ESPAÑOLES, con arcabuces y  
alabardas, y con ellos el SARGENTO con jineta.*

SARGEN. Alto, perra canalla,  
que no vais á un festín.  
(*Todos se detienen en el fondo de la esce-  
na, sentándose unos, otros hablando en-  
tre sí, formando cuadro.*)

ZEIR. ¡Cielos!... ¡Abdalla!  
ABDAL. Zeir, lo que está escrito no podemos  
los hombres contrariar. Sólo debemos  
resignarnos humildes los humanos  
de Alá con los decretos soberanos.

ZEIR. Malec, ese cobarde  
es quien nos ha vendido.  
ABDAL. Pues no ha de hacer de su traicion alarde;  
que un tósigo le dejo prevenido,  
con que beba la muerte.  
Endulce esta venganza nuestra suerte.

ZEIR. ¿Y cuál ¡ay! nos espera?

ABDAL. Terrible á la verdad y lastimera.  
Pero grande es Alá, y él solo es grande.

SARGEN. (*En el proscenio, apoyado en su jineta, y  
hablando consigo mismo.*)

¿Posible es que se ande  
el señor capitán hecho un Cupido,  
tras una vil morisca así perdido;  
y que aquí nos detenga,  
porque su dama á sus anchuras venga?

—Vive Dios que no entiendo  
cómo un hombre tan duro y tan tremendo,  
y que ya no es muchacho,  
se convierte en baboso mamarracho.  
Vaya, me desespera.  
No sé qué le detiene  
en hacer lo que yo sin duda hiciera,  
pues que rendida en su poder la tiene:  
admiro su cachaza... Mas él viene.

Salen el capitán GARCÍA, MARÍA y FELISA.

GARCÍA. ¿Marchó la cuerda, sargento,  
que va á la costa?

SARGEN. El camino  
tomó para su destino,  
en buen orden ha un momento.  
Y no hay con ella cuidado,  
pues que la manda Garcés.

GARCÍA. Teneis razon, porque es  
el alferez gran soldado.  
Disponed nuestra marcha en el instante,  
llevando por delante  
los soldados mejores  
para ser de la ruta exploradores.  
Y cuidado que no rompan las cadenas  
los presos.

SARGEN. Son muy gordas y muy buenas.  
(*El capitán y el sargento van al fondo del  
teatro, como á revistar los presos y á  
ordenar la tropa.*)

MARÍA. (*Muy abatida y como en secreto.*)  
¡Ama mía!... voy muerta.  
No por lo horrendo de mi suerte cierta,  
sino por el amor que se ha encendido  
en ese mal-nacido.  
Pues con razon me temo  
que con mi resistencia despechado,  
ciego y desatentado,  
se arroje loco al criminal extremo  
de abusar de su fuerza en el camino.

De asombro y de terror estoy sin tino.  
FELISA. (*Llorando.*) ¡Infelice María!...  
En la piedad confía  
del cielo, que es de la inocencia amparo.  
De tí ni un solo punto me separo,  
y contigo, hija mía,  
defendiendo tu vida y tu inocencia,  
constante me verás hasta Valencia.  
Y allí... si allí llegamos...

en la Virgen santísima pongamos  
toda nuestra esperanza.

Tengamos en su auxilio confianza.  
GARCÍA. (*Al sargento.*) Emprended la partida,  
y esperad del lugar á la salida;  
que pronto iré á alcanzaros.

SARGEN. (*Con socarronería.*)  
¿Con que quereis quedaros  
á ver si por la buena ese portento?...  
Si andais con tal melindre y miramiento,  
ya vereis que os chasquea.  
Está en vuestro poder, que vuestra sea.  
(*Con recato misterioso.*)

En el camino acaso  
un bosque muy espeso se halla al paso,  
y en él lograr sin duda  
podeis cuanto querais. Yo os daré ayuda.

GARCÍA. Bien. La marcha emprendamos.

SARGEN. Arriba, vil canalla. Vamos, vamos.  
(*Vase llevando por delante los presos y  
soldados.*)

GARCÍA. (*Amoroso.*) Ya veis cuánto hago por vos,  
á mi obligacion faltando;  
y aun me está martirizando  
vuestro ceño, vive Dios.

En todo os he dado gusto,  
á todo por vos me allano,  
que vuestro desden tirano  
se ablande, señora, es justo.  
Libre estais, vais sin cadenas,  
sola vos mandais aquí,  
teneis un esclavo en mí,  
téplense, pues, vuestras penas.

Y dadme alguna esperanza,  
oh soberana mujer;  
dejadme á lo ménos ver  
un asomo de bonanza.

MARÍA. (*Con altivez.*) Señor capitán, os ruego  
que más no me importuneis;  
que mi suerte abandoneis;  
que me dejéis luégo, luégo.  
Yo nada exijo de vos;  
de mí, pues, nada exigid.  
Cual debeis me conducid,  
que á mí me defiende Dios.

GARCÍA. Pensad cuál es vuestra suerte:  
ved que estais en mi poder.

MARÍA. Yo no soy, señor, mujer  
á quien asusta la muerte.

GARCÍA. ¡Ay!... aun es tiempo, escuchad  
á un corazón que os adora;  
que por vos misma os implora...

MARÍA. Si honra teneis, acabad.

GARCÍA. (*Con vehemencia.*) Con ese ceño tirano  
más mi pasión encendeis,  
y en el caso me pondreis...

MARÍA. Sois caballero, y cristiano.

GARCÍA. (*Resuelto.*) Que lo soy os probaré,  
si al fuego que me devora  
os mostrais grata, señora.  
Todo lo aventuraré.

Por la ley puedo libraros  
de la muerte ignominiosa,  
si quereis vos ser mi esposa;  
y pronto estoy á juraros...

MARÍA. (*Con rapidez.*) Jamás, jamás; tiene dueño  
mi voluntad, y por él  
quiero morir.

GARCÍA. (*Despechado.*) ¡Oh cruel!  
¿Con que es en vano mi empeño?  
¿A otro amais?

MARÍA. Con alma y vida.

GARCÍA. (*Furioso.*) ¡Infeliz!... ¿Qué pronunciaste?...  
Tú misma te condenaste,  
envenenando mi herida.  
Tiembla mi ciego furor.  
Atropellaré por todo,  
y de un modo ó de otro modo...

FELISA. Oh cielos, dadnos favor.

GARCÍA. ¡Ingrata!... te has de acordar.

Vamos, pues, vamos, marchemos.

MARÍA. (*A Felisa.*) En la Virgen confiemos,  
que es quien nos ha de amparar.

(*Vanse.*)

### ESCENA IV

*Decoracion que descubra todo el foro representando un oscuro bosque  
de noche, en tierra quebrada. Y en el fondo se ve un camino entre  
peñas y troncos. Salen D. FERNANDO y CORBACHO, ambos vestidos  
de soldados.*

CORB. ¿No miras allí el camino?  
Es aquella lista blanca,  
que va tras de la barranca.  
(*Escuchando atentamente.*)

Y viene á lo que imagino  
ya la columna, señor.  
Y aunque la noche está oscura,  
que veo se me figura...

D. FER. Claro se escucha el rumor.  
Vamos hácia allá al momento,  
y procura no ser visto,  
teniendo el caballo listo,  
para que en cualquier evento...

CORB. Vamos, pues. Pero prudencia tan solamente os encargo. Ved que el camino es muy largo hasta llegar á Valencia. Y que una vez con María puesto de acuerdo, podrás...  
D. FER. Descuida, y no digas más; en mi cordura confía. (*Vanse.*)

*Salen y pasan por el camino del fondo del teatro ABDALLA, ZEIR y los MORISCOS, todos encadenados y sonando los hierros, y delante y detrás y á los lados en buen orden SOLDADOS ESPAÑOLES, con alabardas y arcabuces, con las cuerdas encendidas; y cuando ya todos hayan pasado, sale el capitán GARCÍA, que trae asida del brazo á MARÍA, y la empuja con fuerza hácia el proscenio.*

MARÍA. ¿Qué es esto ¡oh cielos! señor? ¿Qué arrebató?... ¿qué demencia?

GARCÍA. (*Con voz ahogada.*)  
Calla, y sufre la violencia de mi despreciado amor.

MARÍA. (*Aterrorizada.*)  
¿Un cristiano, un caballero, de una infelice abusar?

GARCÍA. (*Desenvainando la espada.*)  
Mi pasión has de premiar, ó has de morir á este acero.

MARÍA. (*Cayendo de rodillas.*)  
Socórreme, Virgen santa, dame tu amparo y favor.

GARCÍA. (*Arrastrándola del brazo.*)  
Nadie escucha tu clamor. Ven conmigo, ven, levanta.

MARÍA. ¡Cielo!

GARCÍA. No te libraré, ni el infierno mismo, no.

*Sale precipitado D. FERNANDO, con la espada desnuda.*

D. FER. Pero la liberto yo, forzador vil...

GARCÍA. (*Suelta á María sorprendido.*)  
¿Quién va allá?

D. FER. Defiéndete, desdichado, si te llamas caballero, que se afrentara mi acero de matar á un descuidado. Ponte tras de mí, María, que bajo mi amparo estás, y cual te guardan verás mi amor y la espada mía.

MARÍA. (*Corriendo á él.*) ¡Oh santos cielos! Es él. Sí, reconozco su acento.

GARCÍA. (*Turbado.*) ¿Eres del bosque portento, ó emisario de Luzbel?

(*Se acerca.*)

(*Furioso.*) ¡Mi rival!... Ven á morir, que es rayo ardiente mi espada, á que no resiste nada.

D. FER. Calla, si sabes reñir. (*Riñen y D. Fernando le da una estocada.*)

GARCÍA. (*Titubeando.*)

Muerto soy. (*Grita.*) Hola, soldados... que se fugan...

(*Entrase.*)

¡Ay de mí!

D. FER. Huyamos pronto de aquí en el cielo confiados.

Corbacho, por vida mía, pronto el caballo!

CORB. (*Apareciendo al bastidor.*)  
Aquí está.

D. FER. (*Al irse con María.*)

A las ancas...

CORB. Bueno va.

D. FER. (*Dentro.*) Afírmate bien, María. (*Rumor de un caballo que arranca. Sueña un tiro, y ruido.*)

VOCES. (*Dentro.*) ¿Dónde el capitán nos llama?

*Sale el SARGENTO con cuatro SOLDADOS.*

SARGEN. (*Apresurado.*) Hácia aquí, venid, volemós, y este monte registremos peña á peña, y rama á rama.

## JORNADA TERCERA

### ESCENA PRIMERA

*El teatro representa una calle de la ciudad de Valencia.—Decoracion corta, y sale FELISA, muy afligida, de saya y manto, con un rosario en la mano.*

FELISA. ¡Ay mi Dios! recorro en vano estas calles de Valencia, para buscar un consuelo y de la infelice nuevas. Hoy el pueblo alborotado con la terrible sentencia, que contra Zeir y Abdalla y otros moriscos de cuenta, ha pronunciado el consejo, de María no se acuerda: ni se habla de su aventura, ni de hácia dónde estar pueda. Al fin los pasados días su fuga tan sólo era la conversacion de todos, en calles, casas y tiendas. Y el oír en los corrillos nombrarla y hacer diversas conjeturas, de consuelo pudo servir á mis penas. Mas hoy ya nadie la nombra, nadie en su infortunio piensa.

(*Llora.*)

Virgen soberana, madre de la oprimida inocencia, sedle escudo, sedle amparo, y dadme luz con que pueda descubrir... (*Sorprendida.*) Pero, ¿qué jurara, cielos, que él era... (veo?) Sí... ¡Corbacho!...

*Sale CORBACHO, embozado.*

CORBACHO. (*Sorprendido.*) ¡Ama Felisa!

FELISA. ¿Cómo, tú por esta tierra?... ¿Y María?... ¿Y don Fernando? ¿No me dices?...

CORBACHO. ¿Por ventura que sé de ellos algo piensas, cuando anhelaba encontrarte para que tú me dijeras?...

FELISA. (*Desconsolada.*)  
¿Qué he de decirte, Corbacho?... ¿Cómo darte, amigo, nuevas que busco anhelante?...

CORBACHO. Dime, ¿tú desde cuándo en Valencia? FELISA. Desde que entraron los presos hace tres días.

CORBACHO. Yo apenas ha dos horas que he llegado. FELISA. ¿Pero tú, despues de aquella terrible noche, seguiste?...

CORBACHO. ¿Y quién seguirlos pudiera? Muerto el capitán, mi amo, más veloz que una saeta, con la morisca en las ancas, en las lóbregas tinieblas desapareció. Y yo ¿cómo á pie seguirlos pudiera, no estando ántes prevenido de adonde se dirigieran? Cuando se alzó aquel desórden, con las voces y las quejas del herido, agazapéme oculto entre la maleza, para no ser descubierto, y pagar culpas ajenas. Y al aparecer el alba, tomé una trillada senda que se me ofreció, y vagando, no sin peligro y miseria, por todos los escondites de aquellas fragosas sierras, he estado; hasta que, aburrido, vengo sin norte á Valencia, por ver si de mi amo logro, que le quiero mucho, nuevas. Pero tú, Felisa, ¿cómo abandonaste á tu prenda en aquel conflicto?... ¿Cómo sin tu amparo acometerla pudo el capitán?

FELISA. Corbacho, cómplice el sargento era